
*La relación entre los cambios culturales
de fines de siglo y la participación
social y política de los jóvenes*

◀ Mario Sandoval M.*

Introducción

Sin lugar a dudas la situación de los jóvenes chilenos constituye una preocupación central desde distintos ámbitos de la sociedad, ya sea porque conforman potencialmente un grupo de presión social, porque son considerados un grupo electoral necesario al momento de decidir elecciones o porque representan una masa consumidora de inmejorables proyecciones. Sea por la razón que sea, los jóvenes son objeto de preocupación para las autoridades políticas, sociales, religiosas y económicas.

Para su desarrollo integral y armónico la sociedad actual necesita de la participación de los jóvenes; sin embargo, éstos se hacen visibles al conjunto de la sociedad a través de diferentes manifestaciones que no guardan relación con las expectativas que se tienen de ellos, ya sea por la desafección frente a la política, por el protagonismo que exhiben en actos de violencia callejera, por el excesivo consumo de alcohol y drogas, y/o por la apatía generalizada que aparentemente manifiestan frente al mundo institucional, etcétera.

* Doctor en Sociología (UCL), Centro de Estudios en Juventud, Universidad Católica Cardenal Raúl Silva Henríquez, Chile.

El gran desafío de los jóvenes chilenos del próximo milenio es relacionarse con una sociedad y un modelo económico que los seducen a consumir y a participar de las modernizaciones, de los éxitos económicos; pero al mismo tiempo los rechazan, los excluyen, los ignoran y/o los castigan por su condición juvenil, en un contexto mundial de mutación cultural.

1. Aproximación teórica

Sin lugar a dudas, durante las últimas décadas el objeto teórico de “lo juvenil” ha presentado transformaciones que dejan una abismal diferencia entre el mundo juvenil de la década de los setenta y el de los noventa. Nos referimos a la que P. Cottet denomina la “generación de los descuentos”¹. De esta manera confirmamos la hipótesis de que los contextos históricos contribuyen a la conformación del modo de vivenciar “la juventud”, es decir, no basta intentar comprender a los jóvenes desde una sola dimensión (la psicológica, por ejemplo). De entrada es necesario reconocer la multidimensionalidad del fenómeno, caracterizado por la externalidad de su heterogeneidad empírica.

Desde la sociología se han construido ciertos paradigmas de lo juvenil y desde ahí se ha pretendido generalizar una imagen de joven. Si observamos la realidad chilena podemos constatar que en los años sesenta se estandarizó, transformándose en un paradigma explicativo: la imagen de un joven rebelde, revolucionario, estudiante universitario y politizado. Desde ese prisma se analizó e interpretó a los jóvenes, como si todos los jóvenes chilenos de la época hubieran respondido a ese perfil.

Fue así como se homogeneizó la idea de que a los jóvenes les interesaba la política, que militaban en los partidos y que luchaban por el cambio social. No queremos decir que esto no sucedió. Simplemente estamos afirmando que no todos los jóvenes estaban en esa perspectiva, que había muchos otros (anónimos) que no se pronunciaban al respecto o simplemente seguían la moda del momento.

El otro paradigma imperante y que hasta hoy se difunde hasta la saciedad, es el de un “joven standard”: un joven exento de conflictos y problemas, un joven que responde a un cierto prototipo físico, un joven consumidor. Este paradigma está determinado desde una matriz productivo–consumista, privilegiando acciones individuales/individualistas, en constante interacción con el mercado, relegando a segundo plano acciones de tipo colectivas, en constante interacción con el grupo de pares congregados en torno a un ideal común.

Esta es la imagen ideal de joven que el modelo económico neoliberal necesita para su reproducción. Es un joven acrítico, conformista y consumidor. Un joven que llena su imaginario simbólico con las marcas de modas; los contenidos de sus conversaciones los proporcionan los partidos de fútbol o los aciertos y desaciertos de los deportistas de alto rendimiento.

Como señala Cottet, las claves teóricas con que se ha venido entendiendo a “lo juvenil” se desvanecen y es necesario tomar en consideración las transformaciones sociales que tanto los jóvenes de los ochenta como los de los noventa expresan en su vida cotidiana.

Compartiendo la reflexión realizada por A. Touraine (1999) resultan interesantes las dos imágenes que Chile posee de su juventud: por un lado, la juventud como instrumento de modernización, y por otro, como elemento marginal y peligroso. Lo anterior da cuenta de dos tipos de juventudes, una situada en aquel estrato social capaz de generar cambios y reivindicaciones si fuese necesario, y otra más bien marginal, imposibilitada de integrarse socialmente. A este último tipo de juventud pertenecen aquellos sujetos que no poseen empleo, que provienen, en la mayoría de los casos, de familias disgregadas y que se encuentran tendientes a delinquir. Estos jóvenes, son capaces de generar mecanismos de integración social, si bien resultan ser en la mayoría de los casos simbólicos, a través de la mera obtención eventual de objetos materiales que les otorguen status.

“Los jóvenes en su mayoría consideran que no hay sitios para ellos en una sociedad cuyo desarrollo es limitado, llena de desigualdades y exclusiones” (Touraine, 1999: 73), encontrándose en constante búsqueda de un espacio capaz de presentarlos y de responder a sus demandas. En este sentido, para ellos la política se constituye en un mundo ajeno, en el cual los jóvenes no poseen representación ni injerencia y frente al cual no disponen de medios para generar cambios.

El funcionamiento social impuesto al mundo juvenil le impide tener incidencia en la toma de decisiones. La juventud no posee las motivaciones para la creación de proyectos ni aspiraciones como grupo, reflejándose en ellos un alto grado de conformismo y aceptación, sobre todo frente a la institucionalidad.

Parte importante del descontento y frustración de la población juvenil frente a la política la expresan frente a los “partidos políticos (por su despreocupación por los jóvenes), y el Estado, en cuanto expresado en su rol de agente represor. Estas expresiones despectivas y desilusionadas, que no ofrecen en general distinciones ni matices en una visión pesimista del futuro, alimentan las salidas individualistas como única alternativa eficaz de evolución posible” (Bango, 1999).

En relación a lo anterior resulta necesario mencionar que los jóvenes se repliegan cada vez más hacia su vida privada, lo cual es razonable al considerar que la acción política, o más aún, la acción político-partidista, no posee legitimidad alguna al interior del mundo juvenil, sobre todo frente a la centralidad y eficiencia que presenta el mercado y la ausencia del Estado en materia de seguridad social.

De esta manera se presenta “una tensión creciente entre la inclusión política que traen consigo las democracias y la exclusión social de la nueva fase de modernización capitalista” (Sarmiento, 1998, de la cual Chile ha sido sujeto desde hace un par de años.

La baja participación de los jóvenes ha dado paso a la construcción de un discurso social que se refiere al mundo juvenil como apático, en referencia privilegiada a la política. La retracción de la participación juvenil conlleva la revisión de instancias político-institucionales, para representar los intereses y motivaciones reales de los jóvenes.

La mayoría de las veces, la creación juvenil de nuevos canales que les permitan alternativas de participación, de nuevas formas asociativas, se genera a partir de intereses específicos, concretos, sin representación de cuestiones que trasciendan la respuesta a la demanda planteada.

La ausencia del ejercicio de la ciudadanía juvenil y/o la transformación del mismo plantean la necesidad de referirse a la construcción de ciudadanía en el mundo juvenil. Al respecto es interesante la distinción que realiza Mario Villareal (1999), quien señala que existen dos tipos de ciudadanía:

- La ciudadanía política, que se refiere a los derechos a participar en el poder político, ya sea como votante o mediante la práctica política activa, y
- la ciudadanía social, que se refiere al derecho de gozar de cierto estándar mínimo de vida, de bienestar y seguridad económica.

El autor plantea que entre ambos tipos de ciudadanía se desarrolla una fuerte tensión, vivenciada por la población juvenil, sobre todo aquella perteneciente al sector marginado socialmente, ya que cabe preguntarse quién puede ejercer la ciudadanía política sin tener aseguradas las condiciones sociales básicas para hacerlo. La importancia de ambas recae en la responsabilidad que le concierne frente a la generación de participación juvenil, así como también a las transformaciones de su práctica.

Por su parte, John Durston (1999) define cinco tipos de ciudadanía juvenil, de las cuales las tres primeras se dan con mayor frecuencia entre los jóvenes:

1. *Ciudadanía denegada*, vivenciada por los sectores excluidos, negándoseles la posibilidad práctica de ejercer ciudadanía; en este caso, “la respuesta del joven cuya ciudadanía ha sido denegada por su pertenencia es más difícil: implica superar la autonegación generando por el mismo desprecio de la cultura dominante hacia esa identidad...” (Durston, 1999: 11).
2. *Ciudadanía de segunda clase*, se refiere a aquellos sectores cuya ciudadanía no es negada explícitamente, pero que al ejercerla enfrentan una serie de barreras que se lo dificultan; en este sentido, cabe pensar en los jóvenes que se ven afectados por una discriminación de instituciones gerontocráticas.
3. *Ciudadanía despreciada*, es aquella rechazada por los jóvenes, ya sea de primera o de segunda clase. En el primer caso se trata de jóvenes que poseen las condiciones para ejercer su ciudadanía, pero por egoísmo, pasividad o

idealismo no la ejercen. En el segundo caso, agrava la situación las carencias que vivencian, percibiendo al Estado y a las instituciones “para otros” y su “oferta de ciudadanía como falsa promesa” (Durstun, 1999: 13).

4. *Ciudadanía latente*, aquella en que los jóvenes no han encontrado ninguna motivación frente al ejercicio de la ciudadanía, pero poseen una disposición favorable a la participación.

5. *Ciudadanía construida*, es aquella en que el individuo, mediante el aprendizaje de códigos, conocimientos y el ensayo práctico, construye su ciudadanía.

Para que los jóvenes puedan ser partícipes de la sociedad y construir su ciudadanía se exige un esfuerzo social de las diversas instituciones sociales, desde la familia a la escuela, llamadas a la conformación y fortalecimiento de ésta.

Lo anterior deja ver la base del fenómeno de la no participación juvenil, la crisis de sentido de la cual son sujetos, donde la oferta social, las organizaciones sociales “para” jóvenes, no poseen el sentido pertinente frente al cual logren organizarse y participar de ellas. Las formas de asociación destinadas a la población juvenil, si es que existen, inhiben más que fomentar su participación, adquiriendo éstos el protagonismo en la configuración de nuevas formas asociativas, transgrediendo la normativa social a la cual deben adecuarse. De ahí que se plantee que los jóvenes no estén “ni ahí”, pero ¿cómo estarlo?, si no existen el espacio ni el sentido para ser partícipes de una sociedad que insiste en comprender a la juventud actual desde los parámetros con que se hacía en la década de los sesenta y setenta.

La voluntad de participación ciudadana en el mundo juvenil tiene como base la confianza en las instituciones, cuestión que está lejos de darse, así como también la conciencia juvenil de influir y ser escuchados por las mismas. Al no presentarse estas condiciones mínimas, resulta imposible demandar a la población la participación necesaria para que vuelvan a ser considerados como el porvenir del mundo y no como amenaza y población al margen de la sociedad.

2. Contexto actual en el que les toca vivir a los jóvenes

A continuación se describe el contexto económico, político y cultural en que viven los jóvenes chilenos, de manera de comprender el conjunto de estímulos a los que están constreñidos cotidianamente, y posteriormente comprender sus respuestas, sus conductas, sus cambios y su actitud frente a la política.

El actual contexto nacional e internacional se caracteriza por los importantes cambios que está experimentando la humanidad. La hipótesis de Bajoit y Franssen que veremos más adelante nos habla de un cambio fundamental en la concep-

ción de la vida, visión del mundo, sistema de significaciones y valores que guían la conducta de cada cual, así como también en las referencias normativas que sirven de parámetros macrosociales. Este es un cambio que estaría afectando las esferas de lo público y lo privado, lo institucional, lo simbólico, lo material, lo cotidiano, lo grande y lo pequeño, lo significativo y lo insignificante. En resumen, estarían cambiando las bases sobre las cuales se ha desarrollado hasta ahora el modelo cultural de la sociedad industrial.

Este fenómeno de fin de siglo nos estaría indicando que vivimos un cambio de época que coincide con el cambio de milenio y que estaríamos en el umbral de algo que viene y que no sabemos bien cómo es, qué forma tiene y cuáles son sus contenidos. “En esta última década hemos asistido a un proceso de integración de los mercados internacionales, en especial del financiero; a la caída de las barreras comerciales, a la liberalización de los mercados de trabajo que generan un panorama diferente de las otras décadas de este siglo” (Salas, 1996).

Estos cambios se hacen más visibles en el desarrollo tecnológico, en la revolución de las comunicaciones, atribuyéndole un rol principal y protagónico a los mass-media, y tienen repercusiones concretas y cotidianas en la familia, en la educación, en el trabajo, en la pareja, en la relación entre padres e hijos y en el Estado.

Las concepciones de lo bueno, lo verdadero, lo bello y lo justo se transformarían día a día, alterando las conductas sociales de la gente a tal punto que los sistemas de representación y legitimidad que constituyen la interpretación del modelo cultural, es decir, las ideologías, estarían sufriendo cambios radicales, alterando los principios de sentidos que fundan la pertinencia de las conductas humanas, es decir, lo coherente, lo concebible, lo lógico, lo con-sentido, lo no-absurdo.

El mundo vive una situación nueva desde el término de la guerra fría y la caída del muro de Berlín. Se ha esfumado la tensión y conflicto este/oeste que caracterizó a la posguerra, y el fracaso de los socialismos reales deja en evidencia la fragilidad de los modelos socialistas como respuesta global a las necesidades humanas. Sin embargo, paralelamente, se han acrecentado las diferencias, tensiones y conflictos en la relación norte-sur. Los países desarrollados cada vez lo son más, mientras que en la periferia permanecen altos grados de subdesarrollo, atraso y pobreza.

Mientras las superpotencias (Estados Unidos, la Unión Europea y Japón) exportan modernización y se ven envueltas en un nuevo tipo de guerra –las “guerras comerciales”–, disputándose los mercados en un proceso creciente de globalización de la economía, en el sur grandes sectores de la población no consumen diariamente las calorías necesarias para subsistir o permanecen al margen de las ciudades en situaciones de evidente atraso, marginación y pobreza.

Esta mutación, a nivel mundial, tendría su origen en los cambios en el régimen de acumulación capitalista, en la revolución de las comunicaciones, en la caída de los socialismos reales y en el actual proceso de globalización de la economía.

3. Análisis empírico de las relaciones de los jóvenes con la política²

A continuación se presentan los principales resultados de la Segunda Encuesta Nacional de Juventud realizada por el Instituto Nacional de la Juventud de Chile (INJUV) referidos a la relación de los jóvenes con la política. Se trata de presentar descriptivamente los resultados de esta encuesta, para después concluir con algunas ideas centrales en relación al tema.

Desde el INJUV se entiende por participación institucional la integración a las instancias de decisión y representación que establece una sociedad. La participación institucional refleja la vida pública de los jóvenes a través de formas de acción cuya operación trasciende sus intereses individuales. Este tipo de participación supone la existencia de un conjunto de instancias y reglas de juego reconocidas y aceptadas por todos los participantes; su forma básica de acción es la negociación y el establecimiento de acuerdos. La participación institucional posee elementos culturales, expresados en la legitimidad de las instituciones, así como estructurales, expresados en la incorporación a instancias destinadas a canalizar intereses particulares a la vida pública.

Los temas de ciudadanía se revelan como una carencia crucial en la cultura política juvenil. La participación política no reviste mayor relevancia para los jóvenes, como resultado de su propia socialización, pero también de los límites del sistema de representación. Visto desde un ángulo negativo, los procesos anteriores involucran disolución de las identidades colectivas y reducción de la participación en las decisiones. Desde otro ángulo pueden involucrar una expansión de espacios culturales propios y la conformación de sujetos al margen de una referencia al Estado.

¿Qué significado tienen la participación social y la política para los jóvenes? Como señala el INJUV, la respuesta a esta pregunta requiere de un examen cuidadoso respecto de las orientaciones que priman entre los jóvenes de los años noventa.

Se afirma que lejos de la experiencia de politización de los años ochenta (los jóvenes de la dictadura), los jóvenes actuales perciben la política en términos prácticos, más asociada con las posibilidades de logros individuales que con ideales o identificaciones colectivos.

El modelo de desarrollo que privilegia el mercado como mecanismo de asignación de recursos y reduce la intervención económica y social del sector público parece haberse proyectado a las relaciones sociales. Los principios de estratificación basados en una posición estructural social o económica dejan paso a diferenciaciones basadas en pautas de consumo. La participación en las decisiones se hace cada vez más dificultosa por el peso insoslayable que imponen los poderes fácticos sobre el sistema de representación.

3.1. En relación a la legitimidad de las instituciones públicas

Una primera forma de reflejar el grado de integración institucional de los jóvenes consiste en revisar su grado de confianza en las instituciones públicas. La legitimidad que los jóvenes otorgan a estas instancias revela por dónde, y hasta cierto punto de qué forma, hacen pasar los jóvenes su participación en la vida pública.

Las instituciones que concitan el mayor grado de confianza entre los jóvenes pertenecen al campo de la cultura: la iglesia y los medios de comunicación masiva, con un 84% y un 83% respectivamente en 1997. Los jóvenes otorgan la mayor legitimidad, casi de forma unánime, a instituciones culturales que median hacia la vida pública. Con las salvedades del caso, ambas instituciones generan una imagen de participación pública por medio de la pertenencia a una imagen colectiva, representada en un caso por quienes comparten un principio de trascendencia, y en el otro por quienes se asemejan en un estilo de vida.

Los grados de legitimidad son muy parejos entre los estratos muestrales, pero debe notarse su crecimiento entre los hombres, jóvenes de 20 a 24 años, en el estrato alto, y en menor medida en el estrato medio.

El orden público es el segundo principio de la vida pública que legitiman los jóvenes; en efecto, el 70% de los jóvenes declara tener confianza en las Fuerzas Armadas y de Orden. Este principio es relevante en todos los estratos muestrales, por cuanto en 1997 en nivel más bajo es el 64% entre los mayores de 24 años. El principio de orden aparece con más fuerza entre los menores de 25 años y pierde fuerza a medida que se desciende en la escala socioeconómica.

La legitimidad de la administración del Estado, gobierno y alcaldes concitaba, en 1997, el apoyo de poco más de la mitad de los jóvenes. En las encuestas nacionales, quienes mayor confianza tienen en el gobierno son las mujeres, los jóvenes entre 20 y 24 años, y el estrato alto. No obstante lo anterior, es entre mujeres de 25 a 29 años y el estrato medio donde más disminuye la confianza en el gobierno. El alcalde de la comuna, quien representa el gobierno a nivel local, concita porcentajes similares de confianza que el gobierno en términos globales y, pese a que son las mujeres las que más confían en dicha autoridad gubernamental, también entre ellas es donde disminuye la confianza en 1997.

Los jóvenes expresan un grado de confianza intermedio en las organizaciones de la vida productiva: empresarios con un 56%, y sindicatos con un 44%. La confianza en los empresarios se incrementa nueve puntos entre encuestas (1994-1997), mientras que la confianza en los sindicatos se mantiene. La confianza en los empresarios y los sindicatos indica que la esfera productiva constituye un campo de legitimidad institucional para buena parte de los jóvenes; de hecho, para muchos de ellos el crecimiento económico es la principal finalidad de la política.

La legitimidad otorgada a la administración del Estado contrasta con la menor legitimidad de los personajes e instituciones del sistema representativo. Los parlamentarios alcanzaban el 32% y los partidos el 27%, en 1997. El mismo año, la confianza en los parlamentarios disminuyó alrededor del 11% para el total de jóvenes, al igual que según edad, sexo o nivel socioeconómico. Vale decir que las personalidades carismáticas no mejoran la imagen del sistema representativo. La confianza en los partidos políticos también disminuye para el total de jóvenes y especialmente entre mujeres, entre jóvenes de 20 a 24 años y en el estrato alto. En 1997 la mayor confianza en los partidos se encontraba entre los hombres, los jóvenes de 25 a 29 años, incrementándose a medida que se sube en la escala socioeconómica.

3.2. En relación a la participación social

La participación de los jóvenes en organizaciones sociales es un aspecto clave de su vida pública, por cuanto la asociatividad responde a diversas motivaciones y objetivos, pero sin duda refleja una voluntad de uso del tiempo libre de manera integradora.

En las encuestas nacionales se consultó a los jóvenes por la participación en algún tipo de organización. En ambas ocasiones alrededor del 50% de ellos declaró su participación. El porcentaje aparentemente alto contradice la imagen publicitada de apatía y escasos niveles de participación. La diferencia parece provenir del fraseo de la pregunta, donde no se consulta por participación en general, sino que se detalla una docena de organizaciones. Un estudio del Consejo Nacional para la Superación de la Pobreza que utilizó el mismo tipo de pregunta, obtuvo el 47% de participación en organizaciones para el conjunto de la población. Si bien la mitad de los jóvenes no participa en organizaciones, esto es muy diferente al cuadro de apatía generalizada que se imputa al sector juvenil.

Las organizaciones deportivas acogen la mayor participación de los jóvenes, con un 21%, especialmente los hombres, que dicen participar en ellas en un 34%. Las organizaciones vecinales y comunitarias reúnen también alta participación juvenil, alcanzando un 15% entre los hombres y mujeres, jóvenes mayores de 24 años y de estratos medio y bajo. Las organizaciones del ámbito educacional reúnen otra parte importante de la participación juvenil, con el 15%, ya sea como alumnos o como apoderados. La participación en las organizaciones religiosas re-

gistra un leve aumento a nivel general, el cual se concentra en los jóvenes mayores de 24 y estratos medio y bajo.

Los hombres jóvenes de estratos medio y alto tienden a presentar mayor nivel de participación en organizaciones, concentrándose en las deportivas. Las mujeres del estrato bajo participan en un rango mayor de organizaciones, que incluyen organizaciones vecinales, educacionales y religiosas; el nivel de participación de las mujeres en estas organizaciones no es distinto al de los hombres, pues la diferencia principal reside en la escasa participación femenina en organizaciones deportivas. Los jóvenes entre 15 y 19 años concentran su participación con más probabilidades en organizaciones deportivas o religiosas, mientras que los que se acercan a la treintena lo hacen en organizaciones comunitarias o gremiales.

Desde el punto de vista del nivel socioeconómico, la mayor participación se encuentra en el estrato medio, especialmente en organizaciones religiosas y gremiales. Por un lado las organizaciones religiosas reciben una alta participación del estrato medio, encontrándose aquí con jóvenes de estrato bajo. Por otro lado, participan en organizaciones gremiales, donde se relacionan con el estrato alto.

3.3. En relación a la cultura política juvenil

La cultura política de los jóvenes hereda la sensibilidad de un período en el cual los mecanismos de representación política se encontraban proscritos. Deriva de aquí una percepción de la actividad política donde los procesos institucionalizados pierden sentido. Los jóvenes de los años ochenta, a pesar de su participación en las protestas democráticas, llegaron a inscribirse en los registros electorales luego de una campaña comunicacional centrada en sus intereses más que a partir de su propio impulso. Las finalidades que los jóvenes asignan a la política aparecen coherentes con la desvalorización de los sistemas de representación que viene de su socialización política. Los datos que se presentan, de encuesta, constituyen una fotografía en un momento del tiempo, cuya validez debe probarse concurrentemente con otras fuentes.

Para el 44 % de los jóvenes, la principal finalidad de la política consiste en lograr el desarrollo económico del país. Otro grupo importante, compuesto por el 26 %, cree que la política debe encaminarse a disminuir las desigualdades sociales. Las finalidades relacionadas con el Estado de derecho –orden público y justicia– preocupan a un número menor y, en los últimos años, decreciente de jóvenes. Crecimiento económico y equidad social parecen ser los ejes que organizan la visión política actual de la mayor parte de los jóvenes. La relevancia de los aspectos económicos refleja el peso comunicacional que ha otorgado el gobierno al logro y mantenimiento de los equilibrios macroeconómicos, pero también parece reflejar la frustración por las limitaciones del proceso de crecimiento. El reclamo por equidad se focaliza precisamente en el estrato bajo, lo que revela la percepción de una posición social desmejorada.

Si bien no puede establecerse de qué forma cambió la opinión de los jóvenes, debe destacarse el desplazamiento de las preocupaciones desde el ámbito del orden público hacia el ámbito económico. El estrato bajo disminuye el peso que otorgan al orden público para focalizarse en la desigualdad. En cambio, la opinión de los sectores medios y altos se mueve hacia el crecimiento económico. El desplazamiento hacia los temas de desigualdad es más marcado entre los hombres y crece a medida que aumenta la edad. Probablemente los adultos que quedan fuera de los beneficios del crecimiento económico sean justamente los más preocupados por los temas de desigualdad.

Los jóvenes asignan a la política finalidades vinculadas principalmente con el ámbito económico y en menor medida con el ámbito normativo. Para los jóvenes la política no parece operar como un fin en sí misma, sino como un medio para facilitar el logro del progreso o el desarrollo de nuestra sociedad. Dicho desarrollo iría acompañado de una disminución de las brechas sociales y, en menor medida, por un proceso de regulación normativa que garantice el orden público o el acceso a la justicia.

Los jóvenes inscritos en los registros electorales valoran las finalidades de la política más asociadas con el crecimiento económico del país, y especialmente la reducción de la desigualdad, mientras que los jóvenes no inscritos creen que las principales finalidades tienen que ver con la manutención del orden social.

Entre los jóvenes inscritos y de mayor escolaridad predominan los temas críticos igualitarios, en contraste con los jóvenes no inscritos y de menor escolaridad entre los que predominan los temas críticos conservadores. Si consideramos que la inscripción en los registros electorales y los mayores niveles educativos indican mayor grado de integración social, podemos sostener que a mayor integración social, mayores expectativas de cambio por medio de la política. Por el contrario, menor integración social –vale decir, no inscrito o de bajos niveles educativos– implica considerar la política con fines de regularización del orden.

3.4. En relación a la percepción de los jóvenes sobre los partidos políticos

La experiencia política más rutinaria de los años noventa contrasta con la visión dramática de la política en los años ochenta. El sistema de representación exhibe una baja legitimidad, mientras que la mayor legitimidad política se asocia con la acción del gobierno. La opinión de los jóvenes sobre los partidos políticos debe entenderse entonces en el marco de su socialización política, pero también como ausencia de centralidad de la política en la vida juvenil.

La percepción que tienen los jóvenes de los partidos políticos se ha desmejorado desde la Primera Encuesta de Juventud. En efecto, ha aumentado en casi el

30 % el porcentaje de aquellos que consideran que *los jóvenes no están interesados en los partidos políticos*. Actualmente, el 80.6 % de los jóvenes opina de este modo.

La masividad de esta respuesta puede moderarse considerando que la política no tiene por qué ocupar un lugar central en la vida de los jóvenes. No obstante, preocupan las respuestas restantes, en cuanto se refieren a la percepción de la legitimidad de la representación política.

El que los *políticos se preocupan poco por los jóvenes* es otra de las ideas que ha cobrado fuerza en la juventud de los años noventa. En efecto, ha aumentado un 14 % el porcentaje de jóvenes que comparten dicha opinión, alcanzando el acuerdo del 80 % de ellos en 1997. Consecuentemente con los cambios en la percepción anotados, los jóvenes disminuyen su acuerdo con la afirmación *los partidos políticos representaban problemas e inquietudes de los jóvenes* del 16 % al 11 % entre 1994 y 1997. Las disminuciones más marcadas se aprecian en las mujeres, los mayores de 24 y el estrato bajo.

La afirmación de que los *partidos políticos aseguran la democracia* es otra de las ideas que ha perdido fuerza entre los jóvenes. Si en 1994 más de la tercera parte de los jóvenes estaba de acuerdo con la afirmación, en 1997 sólo la cuarta parte de ellos lo está.

Entre los jóvenes ha aumentado el descrédito de los partidos políticos y quienes ejercen esta actividad. En su opinión, no concitan el interés de los jóvenes; no los representan ni parecen ocuparse de sus problemáticas específicas, así como tampoco aparecen como una garantía para la supervivencia de la democracia. Los jóvenes se muestran desencantados con los mecanismos de representación, como lo señala también la escasa relevancia que le otorgan a los partidos políticos en el mantenimiento de la vida democrática.

En los últimos ocho años los jóvenes han experimentado el cambio desde un gobierno autoritario a uno electo, así como el desarrollo de la vida parlamentaria y municipal. A pesar de lo anterior, la percepción es que no se han logrado canalizar hacia ese ámbito algunos aspectos de lo que consideran propiamente juvenil. La ciudadanía aparece como un tema pendiente para los jóvenes encuestados.

No se aprecian mayores diferencias entre jóvenes inscriptos y no inscriptos en los registros electorales en lo relativo a la legitimidad de la representación política. Si hubo alguna motivación política en la inscripción en los registros electorales, ésta se perdió de tal forma que poco diferencia a un joven inscripto de uno que no lo está. Más aún, en lo que se refiere a desinterés de los partidos y falta de preocupación de los políticos por los jóvenes, los inscriptos muestran porcentajes mayores de acuerdo comparados con los no inscritos; esta pauta muestra la frustración que produce en los jóvenes la operación de las instituciones del sistema de representación política.

3.5. En relación a la identificación política

Los datos sobre identificación política se obtienen de una pregunta sobre simpatías con 12 partidos políticos. Para el análisis de la identificación política se clasificó a los partidos en cuatro categorías: tres bloques políticos y una de los que no se identifican con ninguno. El primer bloque corresponde a la Concertación de Partidos por la Democracia (PDC, PS, PPD y PR), el segundo a la oposición parlamentaria (UDI, RN y UCCP), y el tercero a la oposición extra-parlamentaria compuesta por Comunistas, Humanistas y otros partidos.

Consistente con las indicaciones de la información anterior sobre la legitimidad de la representación política, una mayoría creciente de jóvenes, el 44 % en 1997 no se identifica con conglomerado político alguno. Esta cifra indica un cambio en la lógica de la afiliación respecto de 1994, pues la no afiliación ocupa el primer lugar de las identificaciones políticas. Esta situación ha aumentado especialmente en los varones, jóvenes de 20 a 24 años y en el estrato bajo, que corresponde también a los niveles más altos de ausencia de identificación política. Si bien la Concertación continúa siendo el conglomerado político con mayor apoyo, no se puede desconocer que si el 44 % de los jóvenes se identificaba con ella en 1994 y el 32 % no se identificaba con partido alguno, los porcentajes se invirtieron en 1997. La Concertación pierde apoyo en todos los segmentos muestrales, un poco menos en el estrato medio, y mucho en el estrato bajo.

El aumento de los jóvenes que no se identifican con ninguna coalición parece corresponderse con la pérdida de apoyo a la Concertación. En efecto, tanto la oposición parlamentaria como la extra-parlamentaria suben sólo levemente sus niveles de identificación, mientras que el grueso de los jóvenes aparece incrementando el grupo que no se identifica con ningún partido. Como resulta poco probable que los jóvenes se redistribuyan entre partidos, cabe suponer que los que simpatizaban con la Concertación más bien se alejaron de la política, antes que buscar representaciones alternativas.

La identificación con tendencias políticas resulta más flexible para obtener un cuadro de las orientaciones políticas de estos jóvenes. Un alto porcentaje, el 29 %, no se identifica con ninguna tendencia política. Cabe destacar, no obstante, la diferencia del 15 % entre los que no se inclinan hacia ninguna tendencia política, 29 %, y los que no se identifican con los bloques políticos existentes, que alcanza al 44 % de los jóvenes. En otras palabras, no es un desinterés por la política en general lo que se aprecia en los jóvenes, sino una insatisfacción en relación con la operación política actual, pues la mayor parte posee opinión política.

La ausencia de opinión política se presenta principalmente entre los varones, cercanos a la treintena y en el estrato bajo. Las mujeres, en cambio, señalan mayor nivel de opinión política, en respaldo de posiciones polarizadas a la izquierda o la derecha. En cuanto al nivel socioeconómico, la opinión política predomi-

na en los estratos medio y bajo. Estos últimos se inclinan hacia la izquierda con matices: el estrato bajo tiende a definirse como izquierdista, mientras que los jóvenes del estrato medio lo hacen como centro-izquierdistas.

3.6. En relación a la inscripción electoral

En 1997, más de la mitad de los jóvenes (58 %) declaró estar inscrita en los registros electorales. El porcentaje de inscriptos es mayor a medida que aumenta la edad; el porcentaje de inscripción baja desde el 77 % en los mayores de 24 años, hasta el 15 % en los más jóvenes. Al respecto pueden plantearse dos interpretaciones: que los jóvenes se van inscribiendo más en la medida en que se van haciendo adultos, o que la inscripción ocurre a una edad determinada. Resulta más probable suponer que ha decrecido el interés por inscribirse en los registros electorales y que no es esperable un incremento natural en la inscripción. Los jóvenes de 25 a 29 años, que muestran el porcentaje mayor de inscripción, lo hicieron, probablemente, en el contexto del plebiscito de 1988 y la elección presidencial de 1989.

Puede suponerse un crecimiento en la tasa de inscripción en elecciones cargadas con un fuerte componente simbólico, cuando el voto del joven aparece decisivo.

En total, cerca del 60 % de los jóvenes inscriptos se inscribiría nuevamente en los registros electorales, pero ello no debe ocultar las variaciones que se aprecian de acuerdo con sus características personales. Es preocupante que el 42 % de los inscriptos no volvería a hacerlo, lo que representa el 24 % del total de jóvenes. Si consideramos además que el 42 % no se encuentra inscripto en los registros electorales, llegamos a la conclusión de que dos tercios de los jóvenes no legitiman el sistema electoral.

La mayor preocupación que plantean los jóvenes a la vida pública no proviene tanto de sus propias conductas sino de las dificultades de las instituciones para acoger su particular inserción en la vida pública. Los jóvenes valoran sus propias capacidades y participan con los medios legítimos en un proceso de inserción y movilidad social. Por contraste con esta integración funcional, la legitimidad que otorgan a las instituciones de representación política es considerablemente menor, por lo cual se plantea la pregunta y el desafío a los agentes públicos por construir un sistema cuya legitimidad se sustente también en las futuras generaciones y no exclusivamente en el peso de la tradición.

4. Conclusiones

Como se dijo anteriormente, el mundo está cambiando aceleradamente. Estamos asistiendo a un cambio epocal que, según algunos autores, se caracteriza

por un proceso de mutación cultural que cuestionaría los puntos de referencias sobre los cuales, hasta ahora, se ha articulado la cultura occidental.

Lo que parece cierto, en todo caso, es que los parámetros esenciales que sirvieron de base para el desarrollo de las sociedades occidentales durante el presente siglo están sufriendo transformaciones en sus núcleos constitutivos. Los cambios en el modo de acumulación, la globalización de la economía, la revolución de las comunicaciones y el fracaso de los socialismos reales, están generando consecuencias culturales insospechadas.

En el caso chileno, la comprensión y apropiación de estos fenómenos es tremendamente diferenciada. Mientras un pequeño sector de la población disfruta del crecimiento económico, en el otro polo alrededor de un tercio de los ciudadanos se encuentra por debajo de la línea de pobreza. Según cifras oficiales entregadas por el Consejo Nacional para la Superación de la Pobreza (CNSP) en su Informe “La pobreza en Chile”, 3.916.500 habitantes son considerados pobres. De ese total, 1.104.300 son indigentes (CNSP, 1996: 92).

A pesar de que “nuestro país vive un proceso de desarrollo económico dinámico y significativo, en el cual hay generación de riqueza, crecimiento sostenido de la producción, el ingreso y el empleo, con perspectivas de mantenerse en el tiempo” (CNSP, 1996: 90), un 28,5 % de la población no cuenta con los ingresos mensuales mínimos para satisfacer sus necesidades vitales (Encuesta CASEN, 1994).

El carácter de la modernización chilena no es homogéneo, ya que por una parte existe un sector dinámico, pujante, moderno, emprendedor, y por otro lado una gran parte de la población permanece en la pobreza, lejos de los beneficios de la modernización, excluidos de la riqueza que se produce en el país.

En Chile se vive un modelo económico donde una parte importante de las actividades que tradicionalmente fueron de responsabilidad del Estado están desarrolladas por la empresa privada. Las tres más importantes son la educación, la salud y la seguridad social. En el contexto de un país que crece y se desarrolla, de un país que se abre al mundo, y al abrirse se vuelve vulnerable y dependiente de los vaivenes de los mercados internacionales.

Según las hipótesis de algunos autores que interpretan la sociedad actual, el modelo cultural industrial, cuyo eje central lo constituyen el valor del trabajo y del progreso, estaría dejando de tener vigor, principalmente entre los jóvenes. En particular Bajoit y Franssen (1995: 181-186) plantean que “desde hace 20 o 30 años, una mutación cultural está en curso”, es decir, estamos viviendo el paso “de un modelo cultural basado en la razón social, a otro fundado sobre la autorrealización autónoma” y, más aún, “la reducción de la credibilidad que afecta al modelo de la razón social y el aumento de la credibilidad que se vincula al modelo de la autorrealización autónoma serían al final un proceso irreversible en la me-

dida en que éste sería alentado por todos, incluso por aquellos que aparentemente se esfuercen por resistirlo”.

Según Bajoit “estaríamos pasando de un modelo cultural basado en la *razón social* (es legítimo aquello que es útil a la colectividad, es decir, contribuye a su progreso y obedece a su razón) a otro fundado en la *autorrealización autónoma* (es legítimo aquello que el individuo juzga bueno para su desarrollo personal); en la medida que eso no impide a nadie hacer lo mismo” (Bajoit y Franssen, 1995: 181-186).

Al parecer, hoy día la juventud no estaría adhiriendo ni al antiguo modelo ni tampoco completamente al nuevo, que no termina de imponerse. La situación que viven actualmente los jóvenes sería de una transición entre el antiguo modelo y la emergencia del nuevo. El resultado de esto sería:

- a) que jóvenes y adultos no vivirían de la misma manera la tensión entre el llamado a la modernización y la exclusión social;
- b) que ambos grupos desarrollarían lógicas de acción distintas lejos de la política;
- c) que ambos grupos desarrollarían modos de gestión de sí diferentes, centrados en la vida cotidiana y en el mejoramiento de las condiciones personales de vida a través de acciones individuales;
- d) que ambos grupos participarían de maneras diferentes en el proceso de mutación cultural;
- e) que las lógicas de acción y los modos de gestión de sí de los jóvenes contribuirían en mayor medida al proceso de mutación cultural.

Estas hipótesis son plenamente coincidentes con las conclusiones a las que llega el INJUV en la Segunda Encuesta Nacional de Juventud, que, en resumen, son las siguientes:

- Los jóvenes, lejos de ser los acreedores de la deuda social, han optado por caminos legítimos de incorporación, principalmente la educación y el trabajo.
- Hoy día la juventud, más que presentar elementos distintivos constituyentes de una identidad común, se diferencia significativamente según su clase social de origen.
- Los jóvenes de estrato bajo tienen más dificultades de integración social.
- Las mujeres jóvenes están más restringidas en sus posibilidades que los hombres.
- La participación política de los jóvenes es muy reducida.

- Los jóvenes ponen menos énfasis en la política en cuanto vía para la realización de sus ideales y la miran de forma más bien instrumental.
- Para los jóvenes la política aparece íntimamente ligada al modelo económico.
- El sistema político representativo goza de muy baja legitimidad entre los jóvenes.
- Los jóvenes de esta generación se representan menos que las anteriores en el sistema político.
- La visión que tienen los jóvenes de sí mismos y de su posición social responde en gran medida a las condiciones de una sociedad donde el mercado ocupa una posición preeminente.
- Los jóvenes de fin de siglo aparecen más individualistas y competitivos que las generaciones anteriores; por lo mismo, aparecen alejados de la política.
- La vida de los jóvenes de los noventa no se orienta hacia la integración política, pero tampoco a la ruptura. Su visión puede retratarse como de autonomía social.
- La mayor parte de ellos aparece preocupada por mejorar sus condiciones de vida a través de medios individuales legítimos de integración.

Bibliografía

Bajoit, Guy y Franssen, Abraham 1995 *Les Jeunes dans la Compétition Culturelle. Sociologie d'aujourd'hui* (París: PUF).

Bango, Julio 1999 “Participación juvenil e institucionalidad pública de juventud: al rescate de la diversidad”, en *Ultima década* (Viña del Mar: CIDPA), n° 10, marzo.

CNSP/Consejo Nacional para la Superación de la Pobreza 1996 *La pobreza en Chile: un desafío de equidad e integración social*, informe del CNSP, tomo 1, agosto.

Durston, John 1999 “Limitantes de ciudadanía entre la juventud latinoamericana”, en *Ultima Década* (Viña del Mar: CIDPA), n° 10.

INJUV 1999 *Jóvenes de los noventa: el rostro de los nuevos ciudadanos. Segunda Encuesta Nacional de Juventud* (Santiago de Chile: Instituto Nacional de la Juventud).

Salas, Ricardo 1996 “Las culturas emergentes y el regreso de los dioses”, en *Símbolos cristianos, cultura emergente y medios de comunicación social* (Santiago de Chile: Universidad Católica Blas Cañas).

Sarmiento, Julio 1998 “Exclusión social y ciudadanía política, perspectivas de las nuevas democracias latinoamericanas”, en *Ultima Década* (Viña del Mar: CIPDA), n° 8, marzo.

Touraine, Alain 1999 “Juventud y democracia en Chile”, en *Ultima Década* (Viña del Mar: CIPDA), n° 8, marzo.

Villareal, Mario 1999 “Construir ciudadanía: construcción democrática del poder”, en *Ultima Década* (Viña del Mar: CIPDA), n° 10.

Notas

1. “Una generación sin cuentos, ni para contar ni para reeditar, más bien para descontar (deshacer cuentos) en carne propia, sumergida en la superficialidad de la homogeneización, emerge de los ecos del derrumbe de aquellos códigos de la generación que programa la memoria juvenil. Ecos del estruendo que no alcanzó a oír la generación de los recuentos y para lo que la generación juvenil actual no tenía oído, se enteró sólo de oídas” (INJUV, 1999: 15).

2. Todos los datos que se aportan a continuación, así como el análisis que se deriva de ellos, pertenecen al Instituto Nacional de la Juventud. Al respecto véase INJUV (1999).